

19 DE ABRIL DE 1985

El Presidente Ronald Reagan condecoró a Elie Wiesel con la Medalla de oro del Congreso. Durante la ceremonia, Wiesel criticó a Reagan por su inminente viaje a Alemania, donde el presidente tenía previsto depositar una corona de flores en un cementerio de Bitburg, donde estaban enterrados 49 oficiales de las SS.

...Señor presidente, hablando de reconciliación, me alegro mucho de habernos conocido antes para poder poner en marcha una etapa de reconciliación entre nosotros, aunque nunca hayamos estado en bandos contrarios, sino en el mismo. Siempre estuvimos del lado de la justicia, siempre del lado de la memoria, contra las SS y contra lo que representan.

Ha sido un placer hablar con usted, y le agradezco la medalla. Pero esta medalla no es solo mía, sino que pertenece a todos los que recuerdan lo que les han hecho a sus víctimas los asesinos de las SS. Me la dio el pueblo estadounidense por mis escritos, mis enseñanzas y mi testimonio.

Cuando escribo, siento que mis maestros invisibles están de pie sobre mis hombros, leyendo mis palabras y juzgando su veracidad. Y aunque me siento responsable de los vivos, me siento igualmente responsable de los muertos. Su recuerdo habita en mi memoria.

Hace 40 años, un joven despertó y se encontró huérfano en un mundo huérfano. Qué he aprendido en estos 40 años: pequeñas cosas. Aprendí los peligros del lenguaje y también los del silencio. Aprendí que en situaciones extremas, cuando están en juego vidas humanas y la dignidad, la neutralidad es un pecado. Favorece a los asesinos, no a las víctimas...

Aprendí que el Holocausto fue un acontecimiento único y exclusivamente judío, aunque con implicaciones universales. No todas sus víctimas fueron judíos, pero sí todos los judíos fueron víctimas. Aprendí el peligro de la indiferencia, el crimen de la indiferencia. Aprendí que lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia. Sí, los judíos fueron asesinados por el enemigo, pero también fueron traicionados por sus supuestos aliados, que encontraron razones políticas para justificar su indiferencia o pasividad.

Y también aprendí que el sufrimiento no otorga privilegios. Todo depende de lo que uno haga con él. Y por eso los sobrevivientes de los que usted hablaba, señor presidente, han intentado enseñarles a sus contemporáneos cómo construir sobre las ruinas, cómo inventar la esperanza en un mundo que no ofrece ninguna, cómo proclamar la fe a una generación que la ha visto avergonzada y mutilada. Y creo, creemos, que la memoria es la respuesta, quizá la única respuesta...

Pero, señor presidente, yo no sería la persona que soy, y usted no me respetaría por lo que soy, si no le hablara también de la tristeza que hay en mi corazón por lo ocurrido durante la última semana. Y estoy seguro de que usted también está triste por las mismas razones. ¿Qué puedo hacer yo? Vengo de una generación traumatizada. Y para nosotros, tal como para usted, los símbolos son importantes. Y además, siguiendo nuestra antigua tradición –y estamos hablando de la herencia judía–, se nos ordena, y cito: “decirle la verdad al poder”.

HOJA DEL ESTUDIANTE Discursos, Parte III, Sección 2

Así que permítame que le hable, señor presidente, con respeto y admiración, de los acontecimientos que han tenido lugar. Nos hemos visto unas cuatro o cinco veces, y cada vez he salido enriquecido, porque conozco su compromiso con la humanidad. Y, por lo tanto, estoy convencido, como usted nos ha dicho antes, cuando hablamos, de que no estaba al corriente de la presencia de tumbas de las SS en el cementerio de Bitburg. Por supuesto, usted no lo sabía. Pero ahora todos estamos enterados. Permítame, señor presidente, si es posible, implorarle que haga algo más, que encuentre una manera, que encuentre otra manera, otro sitio. Porque ese sitio, señor presidente, no es su lugar. Su lugar está junto a las víctimas de las SS...

10 de diciembre de 1986

Elie Wiesel pronunció un discurso de aceptación tras ser condecorado con el Premio Nobel de la Paz.

Acepto con profunda humildad el honor que han decidido concederme. Lo sé: su decisión me trasciende. Me asusta y me complace a la vez.

Me asusta, porque me pregunto: ¿tengo derecho a representar a las multitudes que han perecido? ¿Tengo derecho a aceptar este gran honor en su nombre? ...No, no lo tengo. Sería presuntuoso decir que sí. Nadie puede hablar en nombre de los muertos, nadie puede interpretar sus sueños ni visiones mutilados.

Me complace, porque puedo decir que este honor les pertenece a todos los sobrevivientes y a sus hijos, y, a través de nosotros, al pueblo judío, con cuyo destino siempre me he identificado.

Lo recuerdo: ocurrió ayer o hace una eternidad. Un joven judío descubrió el reino de la noche. Recuerdo su desconcierto, recuerdo su angustia. Todo sucedió tan rápido: el ghetto, la deportación, el vagón de ganado sellado, el altar de fuego en el que la historia de nuestro pueblo y el futuro de la humanidad iban a ser sacrificados.

Lo recuerdo; el joven le preguntó a su padre: “¿Puede ser cierto?”. Estamos en el siglo XX, no en la Edad Media. ¿Quién permitiría que se cometieran tales crímenes? ¿Cómo pudo el mundo permanecer en silencio? Y ahora el joven se dirige a mí: “Dime”, me reclama. “¿Qué has hecho con mi futuro? ¿Qué has hecho con tu vida?”. Y yo le digo que lo he intentado. Que he intentado mantener viva la memoria, que he intentado luchar contra los que prefieren olvidar. Porque si olvidamos, somos culpables, somos cómplices.

Y entonces le expliqué lo ingenuos que éramos, que el mundo lo sabía y callaba. Y por eso juré no callarme nunca, siempre y dondequiera que los seres humanos soporten sufrimientos y humillaciones. Siempre debemos tomar partido. La neutralidad ayuda al opresor, nunca a la víctima. El silencio anima al atormentador, nunca al atormentado. Hay veces en las que debemos intervenir. Cuando hay vidas humanas en juego, cuando la dignidad humana está en peligro, las fronteras y susceptibilidades de las naciones se vuelven irrelevantes. Dondequiera que hombres o mujeres sean perseguidos por su raza, su religión o sus opiniones políticas, ese lugar debe convertirse —en ese preciso momento— en el centro del universo...

Hay tantas injusticias y tanto sufrimiento que esperan nuestra atención: víctimas del hambre, del racismo y de la persecución política; escritores y poetas presos en tantos países gobernados por la izquierda y por la derecha. En todos los continentes se violan los derechos humanos. Hay más oprimidos que libres...

Mientras haya un solo disidente en prisión, nuestra libertad no será verdadera. Mientras un solo niño pase hambre, nuestras vidas estarán llenas de angustia y vergüenza. Lo que todas estas víctimas necesitan por encima de todo es saber que no están solas; que no nos olvidamos de ellas; que cuando sus voces sean sofocadas, les prestaremos las nuestras; que mientras su libertad dependa de la nuestra, la calidad de nuestra libertad dependerá de la suya...

22 de abril de 1993

Elie Wiesel dio un discurso durante la inauguración del United States Holocaust Memorial Museum. Había sido presidente de una comisión presidencial (creada por el presidente Jimmy Carter) que propuso por primera vez la creación de un museo nacional.

...¿Cuál ha sido mi visión? Cuando el presidente Carter me confió este proyecto en 1978, me preguntó por esa visión, y la describí entonces con una frase. Y ahora mis palabras están aquí grabadas en piedra a la entrada de este edificio. Y esas palabras son: “Por los muertos y los vivos, debemos dar testimonio”. Porque no solo somos responsables de los recuerdos de los muertos, sino también de lo que hacemos con ellos.

Ahora, para mí un museo es un lugar que debe unir a la gente, un lugar que no debe separar a las personas. Personas que proceden de diferentes horizontes, que pertenecen a esferas distintas, que hablan diversos idiomas... deben sentirse unidas en la memoria. Y, si es posible, con cierta medida de gracia, deberíamos, de alguna manera, ser capaces de reconciliarnos con los muertos. Reunir a los vivos y a los muertos en un espíritu de reconciliación forma parte de esa visión.

Ahora, ¿puedo contarles una historia? Hace cincuenta años, en algún lugar de los Cárpatos, una joven judía leyó en un periódico húngaro una breve noticia sobre el levantamiento del ghetto de Varsovia. Asombrada, consternada, se preguntó en voz alta: “¿Por qué hacen eso nuestros hermanos judíos? ¿Por qué luchan? ¿No podían quedarse callados –la palabra fue *callados*– hasta el final de la guerra? Treblinka, Ponar, Belzec, Chelmno, Birkenau. Ella nunca había oído hablar de estos lugares. Un año después, junto con toda su familia, ya iba en un vagón de ganado hacia el agujero negro del tiempo, el agujero negro de la historia, llamado Auschwitz...

Dentro del reino de la noche, los que estábamos allí intentábamos comprender, y no podíamos. Nos encontrábamos en un mundo desconocido, una creación paralela a la de Dios, con su propia jerarquía, con sus propios verdugos, sus propias leyes y costumbres. Solo había dos categorías: los que estaban allí para asesinar y los que estaban allí para ser asesinados...

Oh, no creo que haya respuestas. No, no hay respuestas. Y este museo tampoco es una respuesta, sino un signo de interrogación. Si hay una respuesta, es una respuesta traducida en responsabilidad.

HOJA DEL ESTUDIANTE Discursos, Parte III, Sección 2

También creemos en la absoluta necesidad de comunicar un relato. Sabemos que no podemos explicarlo y que nunca lo haremos. Mis buenos amigos, no es que ustedes no lo entenderían porque yo no pueda explicarlo, sino que yo no puedo explicarlo porque ustedes no lo entenderían. ¿Cómo se puede entender que los seres humanos puedan elegir tal inhumanidad? ¿Cómo se puede entender que a pesar de todo, existiera la bondad en individuos de aquellos tiempos?

Había gente buena incluso en los países ocupados, y había bondad y ternura y amor entre las víctimas dentro de los campos.

¿Qué hemos aprendido? Hemos aprendido algunas lecciones, lecciones menores, quizás, como que todos somos responsables y que la indiferencia es un pecado y un castigo. Y hemos aprendido que cuando la gente sufre, no podemos permanecer indiferentes.

Y, señor presidente, no puedo dejar de decirle algo. Estuve en la antigua Yugoslavia el otoño pasado. No puedo dormir desde entonces por lo que he visto. Lo digo como judío, debemos hacer algo para detener el derramamiento de sangre en ese país. La gente lucha entre sí y mueren niños. ¿Por qué? Hay que hacer algo, lo que sea.

Esta es una lección. Y hay muchas otras. Llegarán y aprenderán. Aprenderemos juntos.

Y para terminar, señor presidente y distinguidos invitados, solo una observación más. La mujer de los Cárpatos de la que les hablé antes, esa mujer desapareció. Era mi madre.